

La influencia de la retórica de la sublimidad en algunos poetas del siglo XIX

MARGARITA ALEGRÍA DE LA C.*

Resumen:

Algunos poetas de la primera mitad del siglo XIX adoptaron la retórica de la sublimidad del griego Dionisio Casio Longino (siglo II d.C.) como molde literario. Quizá porque éste les brindaba los recursos para expresar sus preocupaciones y deseos en el contexto de una caótica nación en ciernes, heredera del sincretismo cultural hispano-indígena. Fue el caso, sobre todo, de Ignacio Rodríguez Galván, uno de los poetas más acabados, y de algún otro como Andrés Quintana Roo. Las historias literarias de los siglos XIX y XX no consignan ese dato; es por eso que estas notas explican las características de la retórica de referencia y analizan algunos poemas selectos.

Palabras clave:

Retórica de la sublimidad, Longino, Ignacio Rodríguez Galván, poesía del siglo XIX, poesía mexicana decimonónica, poéticas preceptivas en la poesía mexicana.

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Descubrí la poética de la sublimidad y sus planteamientos al analizar el poema *Profecía de Guatimoc* de Ignacio Rodríguez Galván, quien vivió de 1816 a 1842 y militó en las filas del romanticismo literario mexicano. Una línea de investigación que me aproximó a las inquietudes de este poeta, en cuanto a las alusiones bíblicas y los trastocamientos temporales, partió del epígrafe del poema en análisis: “no fue más que un soplo de la noche que se disipó con la aurora” de San Juan Crisóstomo, uno de los padres de la Iglesia griega, quien se entregó al estudio de las Sagradas Escrituras, particularmente del Antiguo Testamento, con base en el cual reflexionó sobre los profetas y la oscuridad de sus profecías.

Las ideas acerca del pecado original del santo griego fueron utilizadas por Julián de la Esclana y otros pelagianos (pertenecientes a la secta herética inglesa que negaba el pecado original y la eficacia de la gracia), para apoyar sus doctrinas, y San Agustín refutó en forma brillante dichos argumentos. Por otro lado, me encontraba tratando de descifrar la temporalidad en el poema, la cual es compleja porque Rodríguez entremezcla la época prehispánica, la colonial sólo mencionada como consecuencia, y la santanista que le tocó vivir, para hacer predicciones sobre el futuro.

Una lectura recomendable en este sentido era *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur, me enfraqué en la del volumen I: “Configuración del tiempo en el relato histórico”. En él Ricoeur analiza precisamente el libro XII de las *Confesiones* de San Agustín, y gracias a su trabajo empecé a identificar los juegos temporales que Rodríguez realizó en su poema; así que fui en busca del libro agustiniano. San Agustín se refiere, entre otras reflexiones, a que el presente se constituye en el único tiempo que realmente es y, por tanto, alude al presente del presente, presente del pasado y presente del futuro. Un dato importante, si se considera que Rodríguez escribió la *Profecía* en 1839, es que la primera edición mexicana de las *Confesiones* se publicó en dos volúmenes, en 1835, por la oficina de Santiago Pérez.

Por otro lado, la relación de mi texto en estudio con estos aspectos de la patrística me llevó, a sugerencia del profesor Jorge Ruedas de la Serna, a estudiar la obra clásica de Eric Auerbach: *Mimesis*. En

ella encontré la revisión que el autor hace de los textos literarios épicos o históricos a partir de la antigüedad clásica, cuando se separa estrictamente el estilo vulgar (*sermo remissus o humilis*) del elevado (*sermo gravis o sublimis*), hasta la época de la patrística cuando lo cotidiano y lo divino se confunden. Comenta Auerbach que a diferencia de los textos homéricos, cuya lectura lleva a olvidar la propia realidad, los bíblicos pretenden acomodarla al mundo del receptor y hacerlo sentir como parte de la construcción histórica universal, puesto que el Antiguo Testamento comienza en el principio de los tiempos con la creación del mundo, y quiere terminar con el fin de los siglos al cumplirse las profecías. Señala este estudioso que, siendo así, todo lo demás que en el mundo ocurra sólo puede ser considerado como parte de una cadena, y debe ser introducido en el plan divino en virtud de la interpretación.

Auerbach apunta también que en la Edad Media el método exegético proporcionaba bases para dicha interpretación, porque se aceptaba la similitud entre los sucesos bíblicos y los acontecimientos cotidianos de la época, pero cuando el ambiente cambió y despertó además la conciencia crítica, la pretensión de dominio se vio en peligro porque los relatos sagrados se convirtieron en viejas leyendas que ya no penetraban en la realidad sensible del lector, o bien cabían en su fervor personal; entonces, dice Auerbach, el método exegético dejó de ser funcional para dar lugar a otro que forzaba un mundo nuevo y extraño al judeo-cristiano a “acomodarse” a él; es decir la historia se empezó a interpretar desde un marco bíblico que, por lo mismo, debía ser ampliado y modificado.

En función de ese acomodo se construye una cadena de figuras que encarnan la esencia y voluntad de Dios y se consideran elegidas por él. En realidad, señala Auerbach, en las narraciones bíblicas lo elevado, trágico y problemático se plasma en lo casero y cotidiano, ya que la intervención de Dios actúa tan profundamente en la vida diaria, que la zona de lo sublime y la de lo cotidiano son allí fundamentalmente inseparables. A partir de estas y otras reflexiones, dicho autor plantea su teoría de la “interpretación figural” de la realidad que establece la existencia de una relación entre dos

acontecimientos o personas, según la cual uno de ellos no sólo tiene significación propia, sino que apunta también al otro y, éste, por su parte asume en sí a aquel o lo consume.

Lo que Rodríguez Galván cifró en su poema iba cobrando forma en mi análisis con base en las categorías aportadas por Ricoeur y Auerbach. El poeta, ubicado en el Cerro de Chapultepec, se lamenta (como buen romántico) de su triste vida: de su orfandad, del rechazo de la mujer amada... y, de pronto, invoca a los reyes que dominaron el Anáhuac.

En un episodio claramente bíblico el cielo se oscurece, la tierra tiembla y una mano cadavérica ase la suya. Es Cuauhtémoc resucitado quien establece un diálogo con el poeta, diálogo durante el cual se revisa la historia y se realizan al menos tres profecías: la de la muerte temprana de Rodríguez, la que amenaza acerca de que el conquistador que viene del norte será más bárbaro y cruel que el español (ya en 1836 se había dado la independencia de Texas) y está otra cuyo aliento bíblico es innegable:

Que aún del caos la tierra no salía,
 cuando a los pies del hacedor radiante
 escrita estaba en sólido diamante
 esta ley que borrar nadie podría:
 –El que del infeliz el llanto vierte,
 amargo llanto verterá angustiado
 el que al endeble huella, será hollado;
 el que la muerte da, recibe muerte;
 y el que amasa su espléndida fortuna
 con sangre de la víctima llorosa,
 su sangre beberá, si sed lo seca,
 sus miembros comerá, si hambre lo acosa. (Rodríguez 16)

Había entendido, gracias a Ricoeur y a los planteamientos de San Agustín acerca del tiempo, por qué mientras en una estrofa Rodríguez califica a los conquistadores españoles como bárbaros y crueles, en otra los invoca diciendo: “Dónde Cortés está, dónde

Alvarado”. Se había ubicado ya, sin transición, en el presente de las cosas futuras, en el que estamos viviendo ahora, cuando el invasor del norte aplica tácticas de dominio más inhumanas y despiadadas. Entendí también que en virtud de una interpretación figural de la realidad el poeta había revestido a Cuauhtémoc de Cristo resucitado y profético; pero todavía tenía que discernir más acerca del asunto de la sublimidad.

En el seminario presidido por Ruedas de la Serna en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se revisó la poética *Lecciones sobre la retórica de la bellas letras* de Hugo Blair. Como producto de esa tarea se publicó el libro *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos del siglo XIX*. Encontré en la Sala de Colecciones Especiales de la Biblioteca México la obra de Blair en la edición de 1834 (4a ed.), publicada por la imprenta de Mariano Galván Rivera, tío de Ignacio Rodríguez, y ésta traía como adendo la Poética de la Sublimidad del griego Dionisio Casio Longino, escrita en el siglo II de nuestra era. Encontré que el autor de la *Profecía de Guatimoc* había abrevado tanto de la poética de Longino como de la interpretación y adiciones hechas por Blair a la misma. Están presentes en su obra las cinco fuentes de la sublimidad a las que el primero hace referencia: cierta elevación del espíritu que nos hace pensar felizmente las cosas, lo patético, las figuras (tanto de pensamiento como de dicción) manejadas o giradas en cierto modo, la nobleza de expresión en cuanto a la elección de las palabras, y la elección adecuada de la circunstancia.

Además se aprecian, entre otras, las siguientes características que Longino le confiere a la literatura sublime: la imitación de los grandes, el efecto de amplificación, el empleo de perífrasis para dar armonía al discurso, y la recomendación de mudar tiempos, personas, números y géneros. También se observa que Rodríguez tomó en cuenta las propuestas de Blair respecto a la alusión al poder y la fuerza puestos en ejercicio, a la oscuridad y el desorden compatibles con la grandeza, así como a la magnanimidad y heroísmo.¹

¹ Para una revisión puntual de estos elementos en la obra de Rodríguez Galván

Debo señalar que a lo largo de mi investigación revisé lo que de Rodríguez Galván habían dicho los estudiosos y críticos de su obra tanto en su época como a lo largo del siglo XX. En ningún caso se mencionó que *Profecía de Guatimoc* y algunos otros poemas de este autor (*El ángel caído* y *El tenebrario*, por ejemplo) están escritos en el molde de la retórica sublime.

Fernando Tola de Habich incluyó, en la edición facsimilar de las obras completas de Rodríguez Galván la mayoría de los artículos y ensayos escritos acerca de ellas. En su época se habló del carácter enteramente romántico de dicho autor, se le reconoció el genio poético como lo hizo Guillermo Prieto en sus memorias cuando se refería a *El tenebrario*, poema que Rodríguez envió a la Academia de Letrán para solicitar ser aceptado como miembro: “La versificación [escribió Prieto] era trabajosa y brusca, el sentimiento tiernísimo, las imágenes vivas y aspirando a una novedad muy cercana a la extravagancia. Trascendía la oda a [sic] la escuela romántica, pero indudablemente revelaba un ingenio superior” (Prieto 84). Altamirano, por su parte, lo consideró como uno de los pocos poetas del siglo XIX que manifestaron un carácter ya resueltamente nacional, y afirmó que si por la forma su poesía presentaba rasgos semejantes a otras producciones románticas contemporáneas, por la esencia era diversa y peculiar de él (Tola clxxiii). José Zorilla dijo de él que era “el adalid más audaz y el más ardiente mantenedor de los principios de la escuela llamada romántica, con todos sus defectos y bellezas” (49). Manuel Payno en un arrebatado amistoso y con la pena de la reciente muerte del poeta afirmó: “Rodríguez hubiera llegado a escribir, acaso tan bien y tanto como Shakespeare [aunque aclara]. Si esto pareciera inexacto o exagerado a muchos, discúlpenme un elogio que me arranca la admiración, o quizá la envidia que me causaba” (cvii).

remito a mi libro *Historia y religión en Profecía de Guatimoc. Símbolos y representaciones culturales*, editado por la UAM Azcapotzalco.

Francisco Pimentel acierta al analizar la alusión al invasor norteamericano, al referirse al sueño como un recurso nuclear en el poema, y al señalar el tono bíblico del mismo, pero nada dice de la poética en que el autor se basó. Ciertamente sus contemporáneos le reconocieron a Rodríguez una forma original y hasta excepcional de poetizar, pero nunca la relacionaron con la poética de Longino, ni con las propuestas de Blair. Por su parte el estudioso español Marcelino Menéndez y Pelayo retoma los elementos que había analizado Pimentel y dice de la *Profecía de Guatimoc*: “Basta esta composición para dar un alto puesto a Rodríguez Galván entre los poetas mexicanos, pues aunque sea de los más desiguales, es también de los más inspirados”.

Ya en el siglo XX se publicó una selección de sus obras en la Colección de Escritores Mexicanos, bajo el título de *Poesía y teatro* (1972), selección, prólogo y notas estuvieron a cargo de Antonio Castro Leal, quien califica a Rodríguez como “la figura literaria más importante de nuestro romanticismo”, y dice de *Profecía de Guatimoc*: “en ella ha logrado [el poeta] fundir, en un escenario misterioso, la queja de sus propios dolores, los temores por el destino de su patria en decadencia y las lamentaciones por la gran raza azteca vencida”; pero no más. Una reconocida estudiosa de la obra de Rodríguez Galván es María del Carmen Ruiz Castañeda, a ella se debe la biografía quizá más completa de este autor; ha aportado importantes opiniones acerca de sus obras dramáticas, e hizo referencia al carácter de denuncia que éstas tienen. José Emilio Pacheco ha publicado también artículos y ensayos en periódicos y revistas sobre nuestro autor. Con gran lucidez ha analizado la importancia de su obra en relación con los acontecimientos históricos de su época (Pacheco 17). Ninguno de estos dos especialistas, sin embargo, se ha referido a la poética de Rodríguez.

Dado que *Lecciones sobre retórica de las bellas letras* de Blair fue editada varias veces en la primera mitad del siglo XIX, es de suponerse que otros poetas también se apropiaron de las propuestas de la poética sublime. He revisado la poesía de los contemporáneos de Rodríguez que publicaron en los mismos órganos que él,

como es el caso del ya citado *Recreo de las familias*, o los cuatro volúmenes de *El año nuevo* (1837 a 1840), además de varias antologías y libros de otros autores. Hasta ahora únicamente he encontrado huellas de la sublimidad en la oda “Diez y seis de septiembre” (Sierra *et al.* 190-94) de Andrés Quintana Roo, maestro de la generación de Rodríguez, quien fuera nombrado por los iniciadores de la Academia de Letrán como presidente vitalicio. El tema del poema en cuestión se percibe en su título, el manejo es interesante: se mezclan la voz del poeta con la de Hidalgo, y la temporalidad de la enunciación del poema se confunde con la de los acontecimientos que el héroe protagonizó, en un presente permanente que es a veces el del pasado y a veces el del momento en que Quintana Roo escribe el poema.

Lo patético se manifiesta en dicho texto en la mención de la ferocidad de los conquistadores, y en lo sombrío de los escenarios en que llevaron a cabo sus acciones de destrucción y muerte; y hay un elemento que es quizá el que más mueve al lector dejándole indeleble huella: el reclamo a la supuesta piedad religiosa en versos como los siguientes: “No será empero que el benigno cielo,/ cómplice fácil de opresión sangrienta,/ niegue a la patria en tan cruel tormenta/ una tierna mirada de consuelo”. Hay también una interpelación directa a Dios en la estrofa que a continuación se reproduce:

¡Cuánto, ay, en su maldad ya se gozara,
cuando por permisión inescrutable
de tu justo decreto y adorable,
de sangre en la conquista se bañara
sacrílego arbolando
la enseñanza de tu cruz en burla impía,
cuando más profanando
su religión con negra hipocresía,
para gloria del cielo
cubrió de excesos el indiano vuelo.

Con estas rememoraciones, en labios de Hidalgo, el autor nos lleva a un pasado más remoto que es expresado en un *continuum* temporal a través de verbos en subjuntivo o en pretérito imperfecto. Parece que la poética de Longino y Blair subyace, pues, aunque en pocos, en algunos de los mejores poemas de la primera mitad del siglo XIX, lo cual había pasado inadvertido para nuestra historiografía literaria.

Bibliografía

- Auerbach, Erich. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Trad. I. Villanueva y E. Ímaz. México: FCE, 1950.
- El recreo de las familias* [revista]. Ed. facsimilar de María del Carmen Ruiz Castañeda, índices de Sergio Márquez. México: UNAM, 1995.
- Pacheco, José Emilio. "Reloj de arena. Ignacio Rodríguez Galván, el primer escritor mexicano". *Letras Libres* 12 (1999).
- Payno, Manuel. "El poeta D. Ignacio Rodríguez Galván". *El siglo XIX*, 12 de septiembre del 1842 (Rodríguez cvii).
- Prieto Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. México: Porrúa, 1996 (Sepan cuantos... 481).
- Ricoeur Paul, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Trad. de Agustín Neira. México: Siglo XXI, 1995.
- Rodríguez Galván, Ignacio, *Obras*, t.I, Pról. y ed. facsimilar Fernando Tola de Habich. México: UNAM, 1994.
- Ruedas de la Serna, Jorge, coord. *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos del siglo XIX*. México: UNAM, 1998.
- Ruiz Castañeda, Carmen. "Estudio preliminar". *El recreo de las familias*. Ed. facsimilar, índices de Sergio Márquez. México: UNAM, 1995. xi-lxv.
- San Agustín. *Confesiones*. Versión, trad. y notas Francisco Montes de Oca. México: Porrúa, 1983 (Sepan cuantos... 142).

- Sierra, Justo *et al.* *Antología del centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia*, t. I, 2a. ed. México: UNAM, 1985.
- Sierra, Justo *et al.* *Antología del centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia*. T. I, 2a ed. México: UNAM, 1985. 190-94.
- Tola de Habich, Fernando. "Ignacio Rodríguez Galván (apuntes biográficos)" (Rodríguez).
- Zorrilla, José. *Flor de los recuerdos*. T. I. México: Imprenta del Correo de España, 1855 (Rodríguez xxi).